

PUEBLO

Era un pueblo común y corriente, con un nombre que no puedo recordarlo de tan fácil que era.

Llevaba una serie de vacunas para el Dr. de ese poblado. Eran alrededor de las 15 horas, hora de siesta. Algunos perros dormían en la mitad de la calle. Las ventanas de las casas estaban bajas. El viento se había detenido entre las hojas de los árboles que brindaban un buen descanso de aquel denso sol de enero.

Me dirigí al hotel, sencillo, sin esfuerzo ni creatividad ni decoración, se asemejaba a una parroquia donde tuve que pasar algunas noches en otra ciudad.

Todo parecía suspendido en el mismo segundo. Sólo yo me movía entre figuras estáticas. Hice ruido con las manos cuando me acerqué al mostrador del Hotel. En realidad, fue un aplauso repetido esperando que alguien apareciera en escena. Había un pan mordido sobre la mesada y un vaso con un poco de líquido naranja.

-Acá estoy amigo- dijo un gordo preniéndose los pantalones.

-Buenas tardes, tengo alojamiento reservado, soy Atilio Bengoiria.

- A ver.... A ver.... No hay nada anotado, pero igual tengo todo vacío jajajaja- rió grotescamente. - primer piso por escalera, habitación 8.

Me dio una llave antigua y subí.

La habitación no merece descripción alguna. No había nada, solamente una cama con sábanas y almohada.

A las 17hs. tenía cita con el Dr. para entregarle las vacunas.

Descansé una hora. Me despertaron los sonidos de la calle, voces, bicicletas, caballos y ladridos.

Caminando a la clínica, un señor anciano me dijo:

- Gracias a Dios que vino!, lo estábamos esperando ansiosos.

Cuando llegué a la clínica, me encontré con unas 20 personas esperando en fila ante la puerta.

Entré directamente y pregunté por el médico, éste me atendió inmediatamente.

Me dio la mano y tomó la caja de vacunas rápidamente. Una chica muy joven con los mismos rasgos físicos que el médico le dijo a las personas que esperaban:

-Ya llegaron las vacunas, en un rato los atendemos.

Al salir vi una joven hermosa morena controlando la fila, me acerqué a preguntarle si toda la fila esperaba por las vacunas.

-Si, por supuesto.

- ¿Es que hay alguna enfermedad en el pueblo? - pregunté con un poco de temor a la respuesta.

-Nos vacunamos por la plata, la necesitamos. -dijo con cara de naturalidad.

Nunca me habían dicho para que eran las vacunas. He trabajado en el laboratorio por 3 meses y en realidad soy solamente el chico de los mandados.

Pero si les pagaban a los pueblerinos, no era una vacuna común.

-¿Qué te parece si después de que te den la vacuna vamos a tomar algo a un bar?, supongo que alguno habrá por acá como en todos los pueblos.

- Perfecto, espérame que salgo enseguida, me dijo acomodando su cabello.

A los 15 minutos salió sonriente dirigiéndose a mi encuentro

-Soy Atilio, ¿cómo es tu nombre?

-Fernanda, caminemos un poco más, el Bar es a 3 calles.

-¿Hace mucho que vives en el pueblo?

-Desde que nací, mi padre trabaja en la mina y mi madre es costurera y panadera. La ayudo en todo lo que puedo. Tengo un hijo de 3 años, el padre se fue del pueblo y no lo hemos vuelto a ver. Trabajo en la clínica con el Dr. también desde hace 2 meses. ¡Es un médico muy entusiasta!

-Supongo que ese es el Bar, ¿no? - dije señalando un viejo almacén, con dos mesas afuera.

No llegó a contestarme pues un aldeano mal vestido me gritó:

-Nos estás matando! Mereces morir!!! Y me amenazó con el puño cerrado.

Tomé la mano de Fernanda y corrimos al Bar.

-¿Conoces a ese hombre?

-Sí, vive por el sur del pueblo, es un hombre sabio, nunca lo ví así, en ese estado tan agresivo. - dijo, mientras frotaba sus manos y miraba al aldeano que se alejaba del lugar.

Me dirigí al mostrador, porque no se veía a nadie que nos pudiera atender.

-¿Hola, hay alguien???

-Deben de estar en la vacunación- dijo Fernanda sin dejar de frotar sus manos.

-Pero sé servir dos cafés. - agregó y fue detrás del mostrador

Esa agresión del aldeano me dejó perturbado.

En pocos minutos, Fernanda trajo dos cafés con muy buen aroma.

Apoyó los dos cafés de mi lado, se sentó frente a mí, pero miraba por la ventana, como esperando a alguien.

- ¿Son los dos cafés para mí??? Es demasiado! ¿No tomas tú?, dije sonriendo.

Ella solamente murmuró algo como: ¡espera!

Inmediatamente entró una mujer mayor con un niño pequeño.

Se sentaron junto a nosotros y el niño se puso a jugar con unos lápices que traía.

-Soy la madre de Fernanda- y me extendió su mano.

-Ah!, ¿cómo sabías que venía tu madre? ¿Se comunicaron por teléfono?

-Sí, claro dijo Fernanda- pero ella no llevaba ningún teléfono ni bolso ni nada.

-¡Ay qué horror! ¡Mamá saca el nene de acá por favor! -gritó horrorizada, mirando por la ventana.

No había nada afuera que causara terror, solamente un perro durmiendo en la acera de enfrente, iba a tomar el café, pero no pude, dejé la taza sobre la mesa nuevamente. La madre se levantó rápidamente tomó al niño en los brazos y se dirigió al fondo del Bar.

Yo seguía mirando por la ventana, pero nada pasaba.

Cuando le iba a preguntar a Fernanda que sucedía, apareció un joven de unos 15 años frente a nosotros, totalmente prendido fuego, me levanté corriendo y me dirigí a él para ayudarlo, me saqué la camisa rayada estrenada hoy y traté de apagar el fuego de su cuerpo, pero se encendió mi camisa y vi el cuerpo del joven desaparecer y transformarse en cenizas delante de mis ojos. De mi camisa y del joven no quedó nada, pero extrañamente ni mis manos ni mi cuerpo se quemaron.

-¿Qué ha sucedido.?- grité a Fernanda en tono de desesperación

- ¡Nada, no te asustes! Fue una ilusión

-Ilusión? El joven se transformó en cenizas ante mis ojos y mi camisa desapareció en el fuego.

-Es hora de que te vayas, tienes que hacer de cuenta que no lo has visto. Es mejor cuanto menos sepas, ni cuentes nada.

La madre de Fernanda con el niño apareció como si no hubiese sucedido algo inusual.

Se sentó a mi lado, tomó su café y no dijo nada. El niño siguió jugando con los lápices.

-Necesito explicación, tu sabes lo que sucede, explícame, por favor.

-Vete, vete cuanto antes. Si quieres habla con el Dr.

- Hablaré con él, ahora me voy al hotel, luego iré a su consultorio, ¿te veo más tarde?

- Tal vez, pero no preguntes mucho, es el mejor consejo que puedo darte.

Llegué al hotel muy nervioso por lo vivido, y decidí escribir todo detalladamente desde que llegué al pueblo, guardé las hojas con todos los detalles dentro de mi valija y la cerré. Intenté llamar por teléfono a mi padre a contarle lo sucedido, pero estaba sin señal. Busqué otra camisa en mi valija y me dirigí al consultorio.

Aún había gente esperando para ser vacunada, me anuncié a quien parecía la hija del Dr. me dijo que tal vez en media hora podía atenderme.

Mientras esperaba, vi pasar al chico que se había prendido fuego frente a mí, la misma cara, la misma ropa, pero eso no era posible. Él lucía tranquilo, no me miró, tenía la vista fija en el cielo, iba fumando. Era imposible que fuera un gemelo. La tranquilidad del pueblo era algo fuera de lo normal, dado los acontecimientos. Ni los perros se asustaron con el chico que se prendió fuego. Solamente yo me moví en ese momento, Fernanda contempló todo desde la ventana, su madre y su hijo se escondieron donde no veían lo sucedido. Me paré y decidí encarar al joven que iba hacia el lado contrario al Bar.

-Espera, quiero hablar contigo, espera- grité

El joven siguió caminando como si fuera sordo, dobló en la esquina y lo perdí de vista, miré para todos lados y no había rastros de él, tal vez vivía por esa calle. Regresé al consultorio.

El Dr. me hizo pasar.

-Dígame Sr. ¿en qué puedo servirle?

Le conté lo referido, él me escuchaba con una sonrisa leve en sus labios.

-No se preocupe- dijo muy tranquilo- el Laboratorio le explicará cualquier duda que Ud. tenga, lamentablemente yo no puedo decirle nada, le aconsejo que descanse y mañana regrese a su ciudad donde le aclararán todo en su trabajo.

Insistí varias y de variadas formas para sonsacarle datos, pero siempre me miraba con una sonrisa de compromiso y me hablaba como diciendo que no había nada raro, y que mi laboratorio me explicaría.

Regresé al hotel y anoté todo lo sucedido nuevamente, con todos los detalles posibles. Luego me dirigí al Bar a tomar y comer algo, pero no lo encontré, tal vez estaba equivocado de calle con todo lo sucedido estaba confundido. Regresé al hotel y le pregunté donde quedaba el Bar más cerca. Me contestaron que no había ninguno, y aunque discutí y le expliqué, siempre negaron su existencia. En un pueblo chico se deben de conocer todos y Fernanda y la madre serían conocidas, pero en el hotel no sabían nada de ella de ni de su madre, expliqué que trabajaba con el Dr. pero me contestaron que solamente trabajaba su sobrina y no era Fernanda. El mismo hotel me daría la cena, y realmente necesitaba descansar, regresaría a la ciudad a la mañana siguiente. Ordené la cena a la habitación y luego me dormí tranquilamente.

Desperté sintiéndome de maravillas, manejé todo el tiempo cantando una hermosa canción de mi niñez. En el camino vi que vendían miel de abejas natural, y compré para mi hermana que es amante del producto.

En el Laboratorio llené los formularios como de costumbre, entregué lo recibos correspondientes, me preguntaron si estaba todo bien, respondí que perfecto, firmé los papeles y seguí con las visitas a otros médicos.

No podía recordar el nombre del pueblo donde había estado, ni la localización.

Vaciando las valijas no encontré la camisa nueva rayada, pensé que la había perdido.

Seguí trabajando con el laboratorio unos 4 meses más, hasta que me ofrecieron un empleo en una distribuidora de revistas.

Me avisaron que tendría que viajar a otra ciudad en la semana, así que apronté mi valija, al moverla sentí un sonido de papeles en la funda interior, al abrirla encontré las notas que había tomado en el pueblo, la historia de la camisa que había olvidado. Hasta el día de hoy no puedo recordar nada excepto por lo que tengo escrito.